

Mons. Bruno Forte, arzobispo de Chieti-Vasto y uno de los grandes teólogos contemporáneos

# «En la raíz de toda teología hay un encuentro de amor»

La belleza y la profundidad con la que Bruno Forte expresa su pensamiento teológico deja entrever una realidad que no es de este mundo. El actual arzobispo de Chieti-Vasto, cuya teología es considerada con razón como una de las más luminosas del momento actual, seduce con la fuerza de la palabra y del silencio. Una palabra y un silencio, sin embargo, que no son del todo suyos, sino que,

como él mismo reconoce, vienen de mucho más lejos, de un encuentro de amor con el Totalmente Otro. En un diálogo cálido, casi de amigos, Forte confiesa con la mirada que es un enamorado de Dios. «Sin este enamoramiento, sin esta pasión por Dios —afirma convencido— ni mi predicación, ni mi acción pastoral, ni mi teología, tendrían hoy ningún sentido.»

—Disculpe mi curiosidad, pero me ha sorprendido verle con ese pectoral de obispo tan sencillo...

—Es una cruz de madera muy simple que me regaló la hermanita Magdeleine de Jesús, fundadora de las hermanitas de Jesús, de la Familia espiritual de Carlos de Foucauld. Precisamente se ha iniciado hace poco su proceso de beatificación. Ella me invitó a dar unas ponencias a las hermanitas de todo el mundo y su saludo antes de que yo empezara a impartir mis charlas fue: «La misión de los teólogos es dejar hablar a la caridad.» Estas palabras se me quedaron grabadas y las recuerdo a menudo porque subrayan el hecho de que la teología no es un abstracto amor de la sabiduría, como puede serlo la filosofía, sino que es mucho más la sabiduría del amor, es decir, el esfuerzo de llevar a la palabra la vivencia de la caridad, del dejarse amar por Dios y del aprender a amar a los demás. Por eso esta pequeña cruz es como una memoria de ese encuentro.

—No es demasiado habitual encontrar a un obispo con una cruz tan discreta.

—Es muy sencilla, pero al mismo tiempo tiene un inmenso valor espiritual. Es como un vínculo con esa mujer que fue profética en el redescubrimiento de la obra y la vida de Carlos de Foucauld. La hermanita Magdeleine pasó del ateísmo a la fe a través del encuentro con los escritos del hermanito universal. Más tarde fundaría las hermanitas de Jesús e inauguraría una nueva forma de contemplación en la historia, «en el corazón de las masas», como tanto le gustaba decir. Creo que es un mensaje importante para nuestra época: la presencia de Dios en cada lugar, en cada situación humana, y la posibilidad de contemplarle en cualquier situación de dolor, de esperanza, de lucha, de amor, de pasión, de trabajo...

—En el reverso de este pectoral destacan las palabras *Jesus Caritas* junto a un corazón pintado con un rojo muy intenso, apasionado, casi tanto como dicen que ha sido y es su ministerio como teólogo.

—Estoy convencido de que en la raíz de toda teología hay un encuentro de amor. Si uno no está enamorado de Dios no se puede



hacer teología. La teología no es un ejercicio abstracto meramente especulativo de la razón. La teología es dejarse transformar por la Palabra y el silencio del Otro; escu-



char esta Palabra y este silencio, y tratar de entender el significado de esa Trascendencia que es al mismo tiempo lejana y cercana. La teología no es sólo espiritualismo, ni sociología, sino que significa conjunción de una doble y única fidelidad al tiempo presente y al tiempo que ha de venir, que es la eternidad.

—¡Hermosa definición de la teología!

—Teología es sabiduría del amor. En el griego del Nuevo Testamento, amor se dice *agapé*, que tiene la misma raíz de *agon* y *agonía*, lucha y pasión. Así, pues, etimológicamente, no se puede amar en el sentido del *agapé* sin pasión y sin lucha, sin agonía y sin estar enamorado del Dios del cual se da testimonio.

—Supongo que únicamente así puede entenderse aquello que decía Von Balthasar: «Sólo el Amor es digno de fe.»

—Sin duda. Es una fórmula sintética para decir que en el corazón de todo pensamiento cristiano está la caridad. Lo mismo decía André Malraux, con una expresión que utilizó muchas veces Karl Rahner: «El

siglo XXI, o será místico o no será». Esto quiere decir que una religión que hace experiencia del amor de Dios, de un Dios trascendente y cercano, es la religión del *agapé*, de la mística y del amor. Como muy bien nos han enseñado los místicos del Siglo de Oro español, el amor de Dios es el punto de encuentro entre la eternidad y el tiempo. Más aún, es la presencia de la eternidad en el tiempo.

—La profecía de Malraux sobre el siglo XXI fue realizada en el siglo pasado. Ya hemos entrado de lleno en el tercer milenio. ¿Está siendo místico este siglo XXI o simplemente no está siendo?

—El comienzo de este siglo XXI nos deja entender que la mística que necesitamos nunca será una mística de evasión consolatoria de la historia. Este siglo nuevo que se abrió trágicamente con el 11-S pone de manifiesto que no se puede vivir en este tiempo sin atención profunda por el proceso de choque de civilizaciones, de culturas, de religiones... en el que estamos sumergidos. El reto hoy es que desde el corazón de la historia, y no fuera de ella, los cristianos seamos hombres y mujeres de fe que tratan de buscar la vía de la paz a través del diálogo, de la reconciliación y de la justicia. Esta es la mística del siglo XXI, una mística de conjunción profunda entre la contemplación de Dios, que en definitiva es dejarse amar por él, y creer en la fuerza del diálogo y del perdón recíproco para construir la paz.

—¿Cree que avanzamos hacia esa conjunción o más bien tendemos a la ruptura, al dualismo?

—Hay como dos niveles de perspectiva. El primer nivel es la evidencia de las cosas del mundo. En ese primer nivel se puede decir que no es evidente la presencia del amor de Dios y de su capacidad de transformar el mundo. La evidencia del mundo es una evidencia de guerra, de violencia, de sangre... La aldea global es una aldea de desequilibrios y de profundas injusticias. Pero hay un nivel más profundo, donde se ve que la vía para transformar la realidad no puede ser la vía de la guerra, de la violencia, de la ley de la fuerza, sino la vía de un mayor compromiso de amor para con los demás. En este nivel más profundo se ponen los actos de esperanza y de fe de los creyentes.

Es la idea que tanto subrayó Juan Pablo II, que la paz no se construye con la ley de la fuerza, sino con la fuerza de la ley. Siempre en el respeto de la justicia, siempre tratando de escuchar al otro, de respetarlo y de dar y recibir perdón.

—En varias ocasiones había usted visitado anteriormente Barcelona para impartir cursos y lecciones teológicas que han dejado profunda huella en la Iglesia catalana. Ahora ha regresado a la Ciudad Condal, aunque esta vez como arzobispo de Chieti-Vasto, ministerio que recibió en 2004. ¿Ha cambiado mucho su vida?

—Sin duda se ha producido un cambio profundo. Yo suelo hablar de mi vida anterior y de mi vida presente. El cambio no es



sólo de lugar ni de tiempos de vida, de dedicación al ministerio más directo, sino que es también un cambio de lenguaje, de manera de pensar. La misma teología que antes yo pensaba en el silencio de la reflexión más profunda, ahora es un tiempo que tengo que dedicar totalmente a mi pueblo, a mi gente. No obstante, pese a ser un cambio profundo, hay también elementos fundamentales de continuidad. Lo primero es que yo no podría ser obispo, como antes

no habría podido ser teólogo, sin ser un enamorado de Dios. Ese encuentro que cambió mi vida hace 42 años, en el tiempo de mi conversión y descubrimiento de mi vocación, es la fuerza cada día nueva de mi acción de evangelización, como ha sido la fuerza de mi teología. En el fundamento de la teología como en el de la predicación hay

un encuentro de amor. Éste es el elemento más fuerte de continuidad, no algo, sino Alguien, una persona, Cristo vivo, que cada día en la oración prolongada encuentro y del que trato de dar testimonio con mi palabra y mi vida. Hoy, ese mismo Cristo lo encuentro, además, en el corazón de mi gente. En mi vida actual, existe una continuidad profunda de amor, de dejarme amar por Él, de amarlo y de amar a mi pueblo.

—Como obispo, ¿continúa también siendo hombre de diálogo?

—Eso espero. De hecho, en mi vida actual, existe también la continuidad de una actitud dialógica de fondo. Antes la había ejercitado sobre todo a través del diálogo con los pensadores de la modernidad, con filósofos, teólogos, en diálogos públicos, en mis escritos... Ahora es un diálogo que se escribe en el corazón simple de la gente más sencilla, y a todos los niveles de la vida, en la universidad, la escuela, las parroquias, los jóvenes, los niños... Siempre hay una historia de amor donde el diálogo es fundamental, aunque sea de una manera nueva. La misma teología que antes yo llamaba «la

teología de la historia», ahora tengo que explicarla de una forma muy sencilla, y más que escribirla en libros de papel, escribirla en los libros de carne de nuestros corazones. Ahora ejerzo una teología militante.

—A menudo, desde la falta de rigor que a veces caracteriza a los *media*, se tiende a oponer el ejercicio de la teología con el ejercicio del magisterio... ¿Cómo lo ve usted que ha ejercido y ejerce a fondo estas dos identidades?

—No puedo aceptar la idea de una contraposición ya que en ese caso me tendría que reconocer como esquizofrénico, y espero que no sea así. Con el testimonio directo y personal de mi vida puedo decir que no existe una contraposición. Existe más la necesidad de una *pericresis*, es decir, que los dos aspectos de la vida, tanto el pensamiento teológico como la convivencia con la gente, tienen que mezclarse y vivificarse recíprocamente. Esto nos dice dos cosas. A los pastores, que estemos siempre a la escucha de la teología, porque es importante abrirse a la contribución de aquellos que trabajan con rigor el pensamiento de la fe. Pero también dice a



la vida es dejarse tocar por el Misterio de una manera profunda y transformadora. Sin esta experiencia de ser tocados por Dios, no se puede hablar de Dios. Joseph Ratzinger, unos días antes de ser elegido Papa, pronunció una hermosa ponencia en Subiaco, en la que expresó con convicción que sólo a través de hombres y mujeres tocados por Dios, puede regresar Dios al mundo. Si uno habla de Dios sin pasión, sin hablar de Alguien que ha tocado y transformado profundamente su vida y su corazón, él está hablando de

otra cosa, pero no de Dios.

—¿Cree que faltan hoy hombres y mujeres en la Iglesia tocados por Dios?

—Mi convicción es que no faltan, sino que los hay, aunque probablemente no en los mismo lugares del pasado. Hay una Iglesia viva y creadora en el Sur del mundo, en la tierra de misión... Sin embargo, en la

los teólogos y a las teólogas que deben estar a la escucha de las palabras de los pastores, porque ellos también cuentan con una vivencia que tiene que decir mucho al pensamiento de la fe. Me parece, pues, importante hacer una apología del encuentro y de la recíproca fecundación entre teología y acción pastoral.

—En su ministerio actual de pastor, ¿le toca a usted también «amonestar» a los que en otro tiempo habían sido compañeros teólogos?

—Sí, es una de mis labores pastorales, aunque siempre en la verdad y en el diálogo. Por ejemplo, recientemente, un joven teólogo laico que había sido mi alumno y con el cual mantengo una relación profunda de respeto y amistad, ha producido un texto titulado *El alma y su destino*, con un éxito extraordinario de ventas, 80.000 ejemplares en pocos días. Yo he tenido que

hablar con él porque había leído el texto y no podía aceptar algunas cosas fundamentales, como por ejemplo el hecho de que niegue la realidad del pecado original. Este autor piensa también que no necesitamos verdaderamente la gracia y la resurrección de Cristo. Sin mal profundo y radical, no necesitamos la gracia. Esto es una forma de gnososis, con la idea de autorredención. Me he visto obligado a escribir una reseña crítica, con respeto y amistad, aunque no con el afán de censurar, sino de decir la verdad, en un diálogo de amor. Esto no siempre es simple, pero yo creía que tenía que decir estas cosas.

—Hablando sobre el ejercicio de la teología y sobre la propia fe, insiste usted mucho en el enamoramiento. ¿Es consciente de que no es muy habitual encontrar este lenguaje en los teólogos y obispos actuales?

—El filósofo y teólogo canadiense Bernard Lonergan, en su obra *Método en Teología*, afirma que no se puede hacer teología sin estar enamorado de Dios. No es una cuestión de sentimiento o pasión sensible, sino que es una cuestión de verdad. La única posibilidad de relacionarse verdaderamente con el Misterio último y trascendente de



«La misma teología que antes escribía en libros de papel ahora la escribo de forma muy sencilla en el corazón de la gente»

Vieja Europa, en Occidente, parece que hoy faltan esos hombres, aunque creo que también los hay, pero de manera más sencilla, menos visible. La verdadera convicción de mi pensamiento es que el gran colaborador de Dios es el mismo corazón del hombre. Porque como dice san Agustín, nuestro corazón ha sido hecho para Dios y permanecerá inquieto hasta descansar en Él. Los hombres y mujeres de este mundo postmoderno, ciudadanos en esta aldea global que es nuestro mundo, siguen teniendo una herida originaria, a veces olvidada, a veces escondida, pero que, en definitiva, es la herida de Dios.

—¿Cuál cree que debe ser el papel de la Iglesia en el redescubrimiento por parte del hombre postmoderno de esa herida escondida de Dios?

—Lo resumiré en tres palabras: *martyria*, *koinonia*, *diakonia*. La *martyria* se refiere al testimonio, es decir, hablar de Dios no con definiciones abstractas sino, antes que nada, con la elocuencia de una vida enraizada en Él por la experiencia espiritual y mística, y que da testimonio de que el mundo terreno no lo es todo. Se deja entrever una profundidad, una ulterioridad. La segunda vía, la de la *koinonia*, nos conduce a ofrecer este testimonio de la ulterioridad de Dios a través de la proximidad, del estar con la gente, y de dar testimonio de la posibilidad de una comunión que supera las exasperaciones de los localismos. Es la idea de comunión y de catolicidad. Y finalmente está la *diakonia*, es decir, que todo esto debe ser ofrecido en una actitud, no de dominio, sino de servicio, de amistad y de disponibilidad a contribuir a la causa común de un mundo más humano.

Samuel Gutiérrez

## Breve perfil biográfico

Mons. Bruno Forte, actual arzobispo de Chieti-Vasto, en el centro de Italia, nació en Nápoles el 1 de agosto de 1949. En 1973 fue ordenado sacerdote, cuando apenas contaba con 23 años. Poco después, en 1974 y 1977, obtuvo los doctorados en Teología y Filosofía. Amplió estudios en Tubinga, París y Nápoles. Ejerció como docente de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de Italia Meridional, de la que también fue decano. Es miembro desde hace años de la Comisión Teológica Internacional, del Pontificio Consejo de la Cultura y del de la Unidad de los Cristianos. Autor de numerosas publicaciones de teología, filosofía y espiritualidad, traducidas a muchísimos idiomas, Forte es considerado hoy uno de los teólogos más brillantes de la Iglesia católica. Con motivo del Jubileo del año 2000, presidió la comisión preparatoria del documento *Memoria y Reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*.



En el año 2004, Bruno Forte predicó al papa Juan Pablo II y a la Curia vaticana los tradicionales Ejercicios espirituales de Cuaresma. Pocos meses después, en junio de 2004, era nombrado arzobispo metropolitano de Chieti-Vasto. Fue consagrado como obispo en septiembre de este mismo año por el entonces cardenal Joseph Ratzinger, que en junio de 2005 le entregaría también el palio, esta vez ya como Benedicto XVI. Actualmente, es el presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, el Anuncio y la Catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana.